

Vino por añadidura la persecucion religiosa, y los decretos obligaron á las personas del mundo á guardar, por algun tiempo, cierta actitud de victimas de Diocleciano. Han sentido, exteriormente á lo menos, la influencia de tantas páginas elocuentes acerca de los deberes de las clases privilegiadas. Ahora están del todo á sus anchas, dicen con alegre sonris que les va mejor á las bellas mujeres y á los jóvenes elegantes que la cara triste que antes afectaban: «¡Basta de vuestra fraseología acerca del agradecimiento de Francia y de nuestros deberes sociales! Murió el conde de Chambord; se le enterró; el conde de Paris no nos interesa en manera alguna; no le deseamos ni bien, ni mal. Si hay una Commune, procuraremos huir á tiempo, reunir nuestros capitales y llevarnos nuestros diamantes. Queremos divertirnos, representar la *Visite de Noces*, delante de nuestras hijas, vestirnos, bailar y amar.»

Esto se dice de un modo ligero y agudo, pero no se escribe, y, como Wolff tiene el sentimiento de todo cuanto debe evitarse hacer, llega como el intempestivo, y se regocija y rie con la gran carcajada de Behramaglia ó de Kislar-Agha, guardian de la puerta de la Felicidad, y muriéndose de risa pensando en las calaveradas de las sultanas. El Emperador de Alemania no piensa sino en batallas, la guerra inminente desde tantos años se acerca; Francia es ultrajada en todas partes; en Florencia, en Buda-Pesth, en Damasco; en su frontera sufre humillaciones que, segun la expresion de Julio Simon, no las hubiera tolerado el principado de Monaco; por esto el judío tudesco está lleno de entusiasmo y grita: «¡Id allí; divertios, pues! ¡agitaos, pues! ¡Viva la alegría y las patatas fritas!

Esta semana de carreras, de vida inaudita, de movimiento, de lujo y de alegría, recuerda el Paris de los mejores tiempos. No recuerdo haberlo visto tan bello; las fiestas brillan en todas

partes, en todas las clases de la sociedad. Donde continua siendo de buen tono reñir contra el régimen actual, apenas si se notaba que se lloraba algo ó alguien. No niego que la fidelidad de los recuerdos y de los corazones no haya sobrevivido á las épocas desaparecidas, no lo suficiente sin embargo para condenar lo que se llama el mundo á un luto eterno. La naturaleza lo ha dispuesto todo tan bien, que la necesidad de vivir se sobrepone siempre: las que fueron niñas en los últimos tiempos del Imperio han crecido y son ahora jóvenes que reclaman su parte de la vida. Por infamada que sea la República en esta sociedad, aún no he oido decir que haya impedido un cotillon en el mundo. En toda la línea no hay más que bailes, recepciones, cacerías, música en todos los castillos, linternas en todos los parques, deliciosos trajes en todas partes, una voluntad comun de combatir los puntos negros por los cohetes de fuegos artificiales y la luz eléctrica.

A esto se le llama nota de falso.

Lo que digo hace rechinar á la sociedad distinguida que contesta: «Sé perfectamente que no tengo corazon, ni patriotismo, ni dignidad; pero no me gusta que me feliciten tanto por ello.»

Jamás escribiría Meyer una línea de este género. Por esto los jefes de las derechas consultan á Meyer acerca de los medios de salvar á la Patria, mientras que no consultan á Wolff.

Repito que esto es el final del siglo XVIII, con menor susceptibilidad, ó, mejor dicho, enteramente embotada por todo cuanto ofende á la delicadeza. A las costumbres privadas se les aplica la indulgencia que consignábamos para hechos más ó menos relacionados con el honor. La sociedad francesa es para todos los suyos de infinita mansedumbre y jamás proscribía á nadie. Las personas más honradas os refieren historias asombrósas acerca de parejas á quienes reciben; todo esto les parece muy picaresco y rien á reventar citándoos la frase de un Tricoche y Cacolet á un esposo que queria hacer sorprender á su mujer en flagrante

delito á fin de casarse con su querida: «¿Con qué caballero quiere que la haga coger? son siete.»

Las neurosis judías, el fastidio tambien que se ha despertado en ciertas mujeres engañadas por el amor, corrompidas por el hombre que se ha burlado de sus generosos sentimientos, de su ardiente ternura y que solo ha visto en ellas un instrumento de placer, han desarrollado gustos que Lesbos honraba solo ella antiguamente. No por esto se da por ofendido el mundo; á ciertas inseparables les da apodos y se las llama: «la Diente de ajo, y la Diente de vainilla.» Os dicen al oído, á propósito de ciertas mujeres que no se dejan, la fábula *express*:

L'une était brune et l'autre blonde.  
Elles s'aimaient éperdument.  
On ne leur connut point d'amant.

MORALIDAD :

El fin del mundo.

La amiga de una modista que tuvo algunos altercados con los tribunales, la pobre criatura histérica que colgaba alrededor de la Diana de Falgieres ramilletes de geránios y de tuberosas, continuó muchísimo tiempo siendo recibida en todas partes despues de sus más extravagantes antojos.

Otra gran señora, que hubiera sido digna de figurar entre las alegres que cenaban durante la Regencia, costeo durante estos últimos meses la conversacion de París; despues de haber sido la querida de un judío cuya mujer le arrojó un cubo de agua á la cabeza, decidióse un día, apremiada por sus acreedores, á partir para el Cairo, escoltada por un gomoso, á fin de reunirse allí con uno de los jóvenes principes de Orleans; traía, dice la leyenda, cien mil francos en billetes totalmente preparados sin faltarles

más que la firma. El padre del jónven príncipe, que, al parecer, tenia razones para encontrar tal conducta doblemente censurable, intervino bruscamente y la pobre dama debió regresar á Francia; en el retiro momentáneo, al que se ha refugiado, ha recogido todas las simpatías de sus amigas, y recobrará muy fácilmente su puesto en la sociedad.

Cierto que estas costumbres frágiles no son las de todos los representantes de las clases elevadas en París; son las del gran mundo; del *high life*, de la sociedad que hace hablar de sí y que ocupa los puestos preferentes. Las familias que quieren conservar el respeto de su interior, no tolerar promiscuidades que comprometen, viven muy retiradas en sus casas, muy severas en sus visitas y evitan con infinito cuidado inmiscuirse en el torbellino elegante; de otro modo, están perdidas, disueltas precipitadamente, arrastradas por una especie de torrente vertiginoso.

Es evidente que hasta en el gran mundo, muchos grandes señores y verdaderas grandes damas, se asombran de las sociedades á que se les arrastra, de las relaciones, cortesés á lo menos que se ven obligados á tener con individuos averiados, rentistas macados, aventureros y aventureras de toda clase; pero el dilema es para ellos absoluto: se puede vivir, sin duda, muy honradamente en su casa con amigos seguros de una vida cómoda y buena, con la condicion de que esta vida sea discreta; pero si se quiere pertenecer al Todo-París, al París *selected*, como se dice, tener su papel en esta ruidosa comparsa, ver los epitetos de «encantadora, de hechicera, de embelesadora y hasta de santa,» concedidos á su mujer, es preciso aceptar el Todo-París tal como está compuesto:—ó tomar ó dejar...

En efecto, el Todo-París forma menos una Sociedad que una manera de sindicato, de *consortium* al que son admiti-

dos los partícipes, no por su valor intelectual y moral, sino por lo que representan de dinero y, por consiguiente por lo que aportan en distracciones á la masa. Siendo ricos los rentistas, únicamente porque han robado mucho, es evidente que si teneis escrúpulos y si elimináis á los ladrones quitáis á la vida mundana mucho de su brillo.

Dando dinero los rentistas, teniendo cazas, pagando á sus invitados con dinero contante cuando se necesita, encontrarán otros que llevan nombres ilustres menos avinagrados, es decir más escasos que los que se han mostrado descontentadizos, constituirán otra Sociedad que los periódicos llamarán Todo-París; es preciso pues obrar de concierto, no expurgar á nadie y divertirse juntos.

El hombre que contribuye, de uno ú otro modo, á sostener en pié ese París mundano para el cual tan ruda es la lucha, puede permitírselo todo. A una de las fiestas que han dejado el más brillante recuerdo, estaba convidado un americano muy rico y que desempeña cierto papel en la vida parisien; solo se le censura por ser demasiado aficionado á la bebida, y aquel día lo fué más de lo acostumbrado. Algo turbado por sus visitas al bufet, levanta nuestro hombre uno de los grandes cortinajes del salon, no distingue muy bien donde está, y muy pronto la aristocracia presente observa, con asombro, que comienza á correr al través del salon, un río que parece salir de detrás del cortinaje.....

Acudió la dueña de la casa, averiguó y no dijo nada..... Para sí misma, ninguna necesidad tenia del americano, pero amigas de ella, las que forman su camarilla, habian acudido á él; habiale dado á una un cheque de 100.000 francos; uno de 150.000 á otra; era uno de los bienhechores de aquella Sociedad.

¡El dinero! Más que nadie, hubiera podido decir el Yankee lo que puede hacerse con esta palanca en el París ac-

tual. En Viena, al fin de una comida habia hablado de una de nuestras elegantes.

—¿Tan íntimamente la conoceis? preguntáronle con acento de duda.

—¿Si la conozco? ¿Quereis que esté aquí dentro de tres dias?

Hizose una apuesta, y, mediante 100.000 francos prometidos por el telégrafo, llegaba la dama, muy satisfecha con aquella fortuna, porque, ya lo tengo dicho, la fatalidad económica lo domina todo. Así como es imposible á una muchacha del pueblo que gane treinta sueldos diarios vivir sin tomar un amante, de la misma manera es imposible á una gran dama que tenga 20, ó 25.000 francos de renta gastar 100.000 sin estar obligada á acudir al bolsillo ageno.

Esta necesidad en que se encuentra la sociedad de guardar ciertos hombres que tienen su papel en la organizacion del placer os explica lo pasado con Arturo Meyer. Tomar la espada de su adversario para herirle á sus anchas, era algo duro para todas esas personas que se las echan de nobleza, que cuentan valientes entre sus antecesores, que tienen hijos en Saint-Cyr, en el ejército, en la marina. Todo esto pasó tambien de moda.....

Uno que comia después de esto en el castillo de Boursault, me contaba que Arturo Meyer estaba allí en plena apoteosis. Celebrábase no sé cuál fiesta de familia y Meyer estaba encargado de iniciar los brindis y de ser el primero en lanzar los *¡hip! ¡hip! ¡hurrah!* que las 30 personas que estaban en la mesa repetian tres veces después de él.

La pobre señorita Simona de Uzés, descorazonada fué á encontrar al que me daba estos pormenores y le dijo: «Venid á jugar conmigo al billar, para que ese Meyer no vuelva á mi lado, porque le detesto.»

Por lo demás, á propósito de esta amable y hechicera joven tuvo Meyer un día con el conde de T. una conversacion épica que revela el imprudente aplomo del personaje.

Nuestro Semita se encuentra con el conde de T. en el bosque de Boloña.

—Buenos días, amigo mio, dice el judío. ¿Cómo estamos? Acabo de encontrar á Simona.

—¿Simona!..... ¿Qué Simona?

—¿Simona de Uzés, toma!

—La señorita Simona es mi prima, pero yo digo siempre hablando de ella: Señorita de Uzés.

De pronto las personas del mundo se encuentran atragantados con lo que se les hace tragar. Se me figura que el duque de Mortemart, que pasa por imperio en la materia, fruncirá el entrecejo al encontrar familiarmente instalado en casa de su parienta la duquesa de Uzés, al buen Yodudí, que tan descaradamente usa de una esgrima desconocida de los nobles de antaño.

Contemplo la cabeza del duque de la Rochefoucauld y del conde de Mun al recibir la carta en la cual el antiguo Mercurio de Blanche d'Antigny les anuncia estar satisfecho de ellos y que les envia 100 francos para la formacion de la Liga de Consulta Nacional, porque ve que con ellos «las conciencias realistas pueden estar absolutamente tranquilas.»

Las personas del mundo quedan ligeramente ofendidas cuando les cae encima algun chaparron de este género. Inmediatamente les asoma disgusto en los labios; parécese grotescos á sí mismos; tienen la sensacion de representar una farsa deplorable y ridícula, pero la vanidad que les rodea les parece tan excelente que no tienen valor para renunciar á ella, de caer por sí mismos á lo menos, noblemente, segun sus tradiciones, en su dignidad, sin ostentarse como actores apostados en la comedia mundana.....

No vaya á creerse, sin embargo, que se entre fácilmente en esa sociedad, de modo, á lo menos, que se figure en ella absolutamente. Necesítase para ello cierta diplomacia, á menudo una continuada serie de negociaciones; si bien los escrúpulos de moralidad no entran en cuenta. El director de un grande establecimiento de crédito tiene por querida una *professional beauty*; pide ella á su amante que la presente á la duquesa de X..... Nada más sencillo. La dama, cuyo marido tiene quizás 12,000 francos de renta, envia 30,000 á un establecimiento de caridad para el cual se interesa la duquesa, y asunto concluido. La donante, amable y elegante, está enteramente admitida en aquella sociedad y nadie pensará en ocuparse en lo que ella hace ó en lo que deja de hacer.

Jamás entrarán mujeres menstruales de irreprochable conducta en casas donde son muy bien recibidas mujeres contrabandistas. Débese todo esto á arreglos que hacen entre sí los que, en cierto modo, han tomado por administracion el cuidado de asegurar fiestas á esa sociedad, los que son, en cierto modo, los administradores delegados del sindicato mundano. Sábese perfectamente que tienen su beneficio en esas introducciones, en esas presentaciones, esas negociaciones, pero se defiende á lo resuelto por ellos porque, lo hemos dicho ya, son preciosos para la Sociedad y tambien porque tienen el tacto para arreglarlo todo, el sentimiento de la dosis, que saben hacer valer lo que determinan.

Todos saben semejante estado de cosas, y d'Andlau, en su conversacion con un gacetillero, tenía su cacho de razon al asombrarse de que se fuera tan severo para sus tráficos cuando se es tan indulgente para con los de los demás; y se explicaba acerca de esto con cierta ingenuidad en el cinismo que no deja de tener su mérito. «Todo se paga por encargos, decia Diógenes del Jockey-Club, y podria citaros un general

y varios civiles, pertenecientes á la sociedad más distinguida, que se hacen lindas rentas, trayendo augustos personajes á casa de los advenedizos que no tienen más que una situación social insuficiente.»

En efecto, sería error suponer que la Sociedad aristocrática, habiendo renunciado absolutamente á luchar contra la Revolución, se ha democratizado: forma más que nunca una casta aparte: ha renegado de todo lo que era la esencia de sí misma, el culto sombrío del honor, el desprecio de lo tocante al dinero, pero ha velado cuidadosamente por todo lo que era la etiqueta, el matiz social; ha ostentado su *Simulacro* porque este *Simulacro* le aseguraba un beneficio, obligaba á los plebeyos deseosos de rozarse con ella á pensar en lo que tenía todavía.

La cuestión de los títulos, de las situaciones nobiliarias es objeto de largas discusiones preliminares para una comida; porque hay que respetar las gerarquías y conformarse con los usos. Las duquesas son un cuerpo constituido; una duquesa, por ejemplo, no devuelve tarjetas de visita. Esto no impide que el yerno de una duquesa suba en coche al lado de Ephrussi, ó según me lo contaba uno de mis amigos diga cualquier judío á un Gramont que tomaba parte distraído en una cacería: «¿Qué teneis Gramont, que estais hoy muy flojote?»

No obstante; para la sociedad, todas estas distinciones, muy tenues y muy delicadas, tienen una importancia que nosotros no sospechamos.

En vano se buscaría el por qué de muchas de las leyes de ese código elegante en que las preocupaciones más anticuadas tienen su puesto al lado del reconocimiento, de la adoración más servil del rey moderno: el Dinero.

Todo trabajo lo considera la elevada sociedad francesa sino como vil, á lo menos como calificativo deshonroso de

quien lo ejerce, que lo pone fuera de la *Gentry*, haciendo de él como un medio-paria.

No encontrareis grandes comerciantes, ni grandes industriales en la lista del Jockey-club. Los señores Hennessy son comerciantes de aguardiente, pero solo su nombre está en la casa, porque ellos no cuidan de nada. M. Gustier es también comerciante de vinos en Burdeos, pero ha invertido mucho dinero en el *sport* del Mediodía, y ha sido admitido como ginete, porque el Club se ve á veces obligado á acordarse de que es la sociedad de fomento.

Un fabricante de azúcares, como Sommier, encontraría no pocas dificultades para que le recibieran; le llamarían Sommier á secas; en desquite, encontrarais allí banqueros: Rothschild, banquero; Hossingner, banquero; Mallet, banquero.

El banquero que no es más que un parásito que saca su ganancia del trabajo ajeno, es el único trabajador aceptado, escogido, acogido por la Sociedad.

Para elucidar todo esto, fuera preciso penetrar en el interior de esos seres frívolos á la vez y complicados. Háse visto en ellos refinados, productos de largas generaciones de civilizados, manifestaciones decadentes de una cultura llevada al último extremo; son sobre todo naturalezas de niños incapaces de resistir á un deseo, á una afición, al atractivo de lo que brilla ó de lo que mete ruido.

Tienen á la vez del niño las candideces y las truhanadas, las timideces y los tapujos; no se atreverían á establecerse francamente mercaderes, pero desean mucho ganar dinero así como así y *juegan al billar*; buscan combinaciones. Los hombres se hacen *lanceurs*, organizan un día *selected*, declaran que es enteramente de moda ocupar tal puesto, tal día, en un Eden cualquiera.

Entonces se dibuja el papel social de Meyer. Anuncia

que el teatro ha tenido una invasión con la *Hija de Madame Angot*, y no hay duda que había razón para que así fuera.

De seguro que provenía la invasión del público del deseo de ver otra vez la bonita pieza de Clairville, Siraudin y Victor Koning y de volver á oír la adorable partitura de Carlos Lecocq; pero *había por razón más seria aun, el gran atractivo, el espectáculo imprevisto ofrecido por el más ingenioso de los directores á la más ansiosa de las muchedumbres, la reunión en la misma escena de Ana Judic y de Juana Granier.*

Los gomosos de provincia están engolosinados; creeríanse deshonrados sino estuvieron allí el día indicado, pero todas las localidades están tomadas de antemano para el día *chic* por el *lanceur* gran señor que las hace revender muy caras.

Otros buscan otra martingala, esperan rehacerse en las carreras fundando al efecto pequeños comercios clandestinos.

Una familia que ha contado varios grandes sacerdotes de Francia subvenciona un almacén donde se venden sandías, bananas y vinos de Argel. Algunos operan en juguetes y generalmente acaban siempre por quedar engañados.

Las personas del mundo se libran del análisis de los novelistas hasta por la sinceridad en lo complejo de los sentimientos; de todo hay en ellos, implacable indiferencia para todo cuanto no les atañe, impotencia que parece incurable para comprender ciertas cosas muy comprensibles no obstante, falta absoluta de amplitud en las miras, necia terquedad en ciertas prevenciones, y, al mismo tiempo, en los mismos, cuando la pasión infantil se mueve, increíble maleabilidad, tolerancia que raya en cinismo, fatalidad en aceptarlo todo, en pasar sobre todo con semblante risueño,

soltura ante ciertas situaciones nada limpias que no tendría la Clase media.

Hay en eso influencias de antepasados de diez siglos. Pensad en lo que fué la antigua nobleza que hizo la Francia, que, durante centenares de años, reclamó, como á primero de sus privilegios, el derecho de derramar su sangre para el país y que la derramó profusamente. Pensad en la grandeza de la nobleza de provincias tan respetable en su orgullosa pobreza, en la que no se concedía más ideal que sacrificarse en servicio del rey. Esos hombres apenas si venían una sola vez á la Corte; después de treinta años de servicios, recibían la cruz de San Luis y se volvían á un rincón de provincia, mientras iban sus hijos á reemplazarles en el ejército.

De esto quedan huellas imperecederas en el alma de los descendientes y, en ciertas ocasiones, se reconocen dignos de sus antecesores. Las demás influencias permanecen igualmente. Hay en ellos mucho del hombre de Corte irreprochable en las maneras, ajeno empero á todo sentido moral, como eran los grandes señores que se empleaban en dar queridas al rey.

Hay también, ¿por qué no decirlo?, recuerdos de las costumbres del siglo XVIII, en que se citaban á centenares las mujeres que Voltaire llamaba *Valetudinarias*, las amantes de criados. Más de una abuela podría repetir, viendo á sus nietos en las rodillas de Rothschild, la frase de una gran dama de tiempos pasados que gemía por la bajeza de su hijo, diciendo: «Probablemente me quedaría dormida en una antecámara.» Todavía está por hacer el libro que hay que escribir sobre esto. Pablo Bourget habría podido emprenderlo, pero no lo hará, y ya dije por qué. El escritor á quien se ha llamado «un novelista para baronesas israelitas» ha confun-

dido la palabra judío, cuyo favorito es, con la Sociedad verdadera que no se parece en nada absolutamente con la gente judía, aunque reciba la consigna de los judíos.

Otro error del autor de *Mentiras* ha sido dar excesiva importancia á pormenores exteriores, á accesorios, á niñadas, á interioridades más en uso, por lo demás, entre ciertas señoras del barrio Montmartre que entre las mujeres del Barrio Saint-Germain y dar por firme que toda esa gente era moderna.

Lo exacto es muy distinto. Los representantes de la Aristocracia están en el tren como se dice, pero también en la diligencia; están en la diligencia más rezagada para las ideas y en el tren el más *relámpago* para manumitirse de toda regla que moleste lo extremado, las modas ridículas, las excentricidades de mal gusto. Los vicios de esas personas son vicios que existían en las sociedades más antiguas, y las ideas no se pegan absolutamente al movimiento moderno, no digo en el punto de vista de los sofismas puestos en circulación por la prensa franc-masona y judía, si no en el punto de vista de una comprensión más extensa de las cosas, de cierta abertura en el universo ensanchado.

Lejos de esto, debiera en mi concepto notarse una especie de retroceso hácia los tipos de antaño.

Es propio de imaginación de jóvenes estudiantes que vivan en los recuerdos del romanticismo, figurarse la mujer del verdadero mundo como una criatura osiánica, vaporosa, impalpable, diáfana, soñando amores místicos y placeres etéreos, parecida á la dulce Paulina de Beaumont, que Bonad definía: «Una alma que encontró un cuerpo por casualidad.» Sin duda los niños nacidos en pleno Terror, en las triztezas de la proscripción, pudieron mirar la huella de los días sombríos que vieron su nacimiento, pero la sangre era tan rica, tan caliente, que pronto se rehizo.

El reinado de Luis Felipe, durante el cual toda la aristocracia se disgustó, fué para ella un beneficio material y moral; tomó nuevo vigor en la vida de provincia y se reconstituyó allí física y pecuniariamente. Hasta bajo el Imperio, era limitado el número de los cocodetos, porque, por un raro fenómeno, solo cuando la República hubo cubierto el país de ruinas y Francia estuvo definitivamente perdida, abandonóse completamente á la alegría la nobleza parisiense, mucho tiempo encerrada en sus viejos palacios...

Al contrario de la raza obrera, gastada en labrar la fortuna de la Clase media, y de la raza menestral que la ambición, el deseo de enriquecerse, la vida intelectual han comenzado ya á extenuar, la raza aristocrática no ofrece las señales de debilidad que se complacen indicar en ella.

Boireau diría, y con razón: son hermosas las mujeres del mundo.....

Cierto que el origen patricio se revela siempre en los finos enlaces, en las líneas elegantes, pero la salud, la vitalidad, el amor á la vida aparecen en todas partes en esos seres que tienen músculos, carne, sangre, que son nobles muestras de la especie humana llegada, gracias á un concurso de circunstancias favorables, á su máximo de fuerza y distinción.

Los jóvenes, cuando están ociosos en París, mueren luego víctimas de los bajos deleites y de los refinamientos de la ciudad maldita; son idiotas y extenuados prematuramente y vaciados los tuétanos, atrofiado el cerebro y podrido el corazón, bobean precozmente en los mal sanos entretegidos de la gran Prostituida cosmopolita.

Los que pertenecen al ejército, al contrario, son personas robustas y que da gusto verlos. Todos los osados ginetes, cazadores, húsares, jefes de coraceros, bien montados en sus pesados caballos se contemplan con afición. No les

pesa la vida militar; ricos casi todos, no se fastidian como los oficiales de infantería; su gente les quiere más que á estos.

Ved á soldados de infantería descubriendo de lejos á un oficial en la calle: muchos retrocederán, aparentarán mirar algun aparador por no saludar.

Examinad un grupo de caballería sentados en un banco á unos cuantos pasos del cuartel: todos, al ver á su oficial, se levantarán para saludar.

La diferencia se comprende fácilmente. El oficial de infantería brega á menudo con dificultades varias, y sus subordinados se resenten de su mal humor; el oficial de caballería, nacido generalmente en una clase donde se tiene la costumbre de estar servido, tiene otras maneras en el mando; justifica en el ejército la frase de Goncourt: «En el modo de mandar un hombre á los que tiene á sus órdenes se conoce si es bien nacido; el hombre de cuna vulgar manda á sus servidores, solo el hombre bien educado les habla.» Los oficiales de caballería hablan casi siempre muy cortésmente á sus hombres y les obedecen siempre muy fácilmente.

El hecho es indiscutible, cualquiera que sea su razón.

En un regimiento de infantería, es envidiado, mirado con malos ojos el oficial rico; en la caballería, los soldados se alegran del lujo que puede desplegar uno de sus oficiales: siempre les va algo en ello y les parece que esto honra al regimiento.

Lo que se llamaba espíritu de cuerpo apenas si existe ya sino en la caballería. Ved lo que pasó en Luneville. Insultado cobardemente el coronel del 7.º de dragones por dos pilluelos de la ciudad, que fueron absueltos con entusiasmo por el tribunal, fué más cobardemente abandonado todavía por Ferron, el ministro de la guerra.

En ciertos regimientos de infantería, los soldados se habrían alegrado; habrían leído en las cuadras los periódicos judíos que insultaron al coronel. Los subalternos y soldados del 7.º de dragones se irritaron, al contrario, á favor de su jefe indignamente ultrajado y fueron, de noche, á romper los cordones de campanillas de los republicanos acomodados de Luneville.....

Los republicanos vendidos á Alemania, se hicieron, naturalmente, este sencillísimo argumento: «Cuando los soldados demuestran de este modo su simpatía á su jefe en tiempo de paz, estarían dispuestos á batirse admirablemente bajo sus órdenes en tiempo de guerra, alejemos pues del ejército á ese hombre peligroso para la Prusia. Ferron, á quien la prensa conservadora cubría de elogios, fué bastante vil para obedecer á esas intimaciones, y, despues de haber castigado al bravo coronel Bonchy con treinta dias de arresto, le declaró de reemplazo..... (1).

Las clases elevadas, que solo tienen mediano cuidado de sus intereses morales, tienen cierto instinto de su conservación física. Los matrimonios entre jóvenes del mundo y oficiales, ántes muy raros, se multiplican muchísimo de algunos años acá y de seguro que traerán á las antiguas familias francesas elementos de salud y fuerza.

(1) Debiendo ser la caballería la primera que entre en acción en la próxima guerra, esfuérganse por quitar su mando á los jefes que tienen á sus regimientos en el puño. Por esto se le dió el retiro muy poco há al coronel Bremond d'Ars, jefe del 8.º regimiento de coraceros en Senlis.

Al presentar el general Charreyron el regimiento al nuevo coronel, no pudo dejar de hacer justicia al coronel Bremond d'Ars, diciendo: «Os entrego un excelente y buen regimiento que está en mucho mejor estado que el año pasado.»

Freycinet se negó obstinadamente á escuchar las explicaciones del coronel, y le castigó sin ni siquiera dignarse escucharle. La Masonería habia juzgado que ese bravo oficial podia ser útil á Francia; exigia que fuese despedido del ejército, y Freycinet-el-Miedo obedecía.....